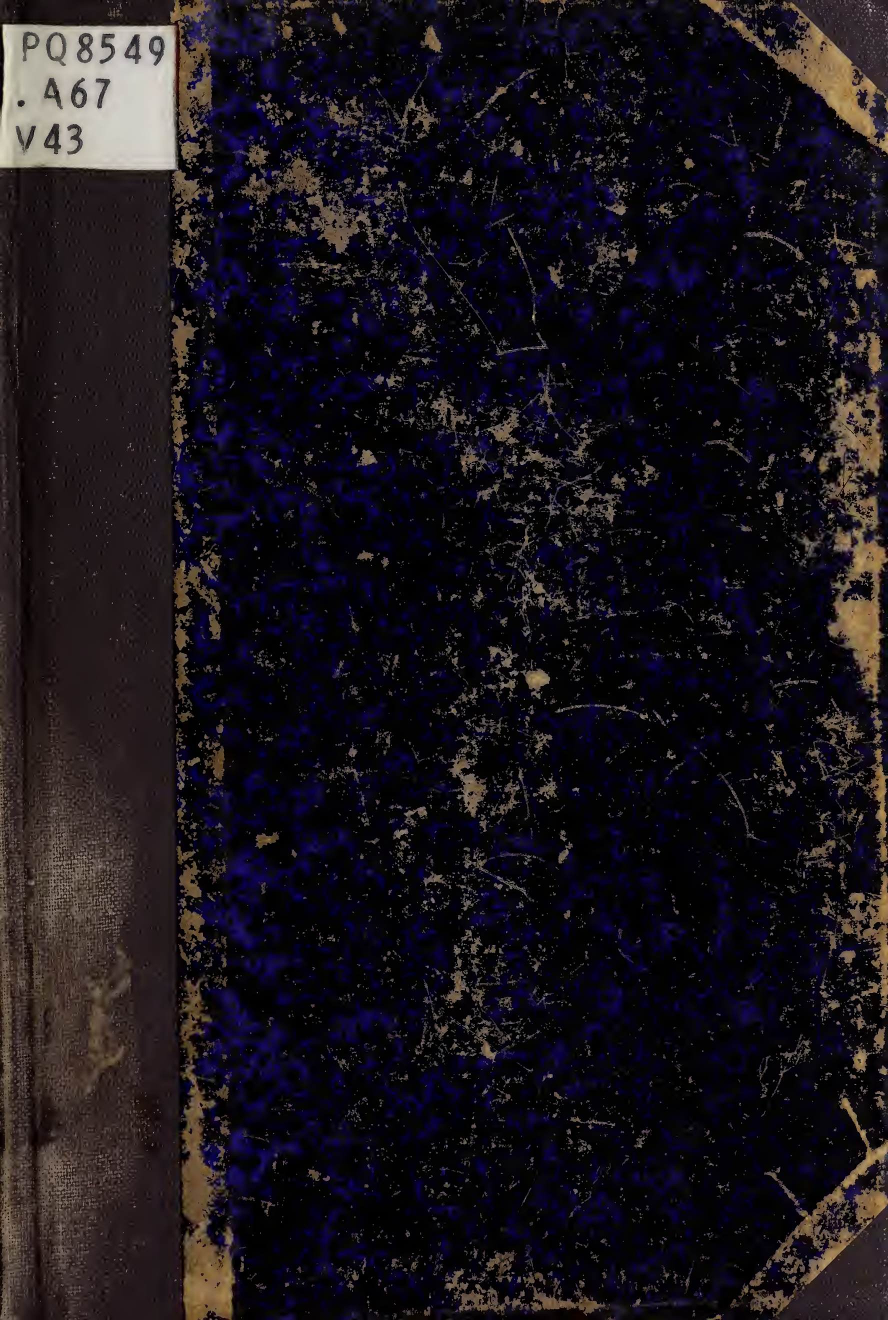

PQ8549
.A67
V43

JUAN E. ARCIA

VESTIGIOS

CARACAS
TIP. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1901

A SUS PADRES

General Justo A. Arcia y
Señora Juana J. de Arcia
dedica amorosamente esta obra

El Autor.

ÍNDICE

Tolle, lege . . . .

PAISAJE

—

Las sombras se aproximan:
Del desmayado sol la roja lumbre
Aun ilumina la azulada cumbre;
Tendidos por el ancho firmamento,
Como velo de encajes,
Resplandecen los diáfanos celajes;
El aura murmurante se desliza
Sobre la mar serena,
Que al suave roce sus cristales riza;
Como un ala de cisne en lontananza
Un bajel pescador al puerto avanza;
En la dorada arena
Bullen los globos de nevada espuma;
Y en medio de la bruma,
Que soñolienta en el espacio flota,
Rectas las alas de morena pluma,
Se desliza apacible una gaviota.

ENIGMA

—

Del destino cediendo al fuerte imperio,
He de viajar en fúnebre barquilla
De velas de crespón, rumbo al misterio.

La Religión me dice: «Hay una orilla,
Sitio de salvación, en cuyo cielo
El sol de la piedad sereno brilla.

Si de la duda el tenebroso velo
Te impide á élla dirigir la prora,
La Cruz, faro de amor, busca en tu anhelo;

Y á sus destellos de naciente aurora
Arribarás á la mansión divina,
Do el Sacro–Rey del universo mora».

Y el Ateísmo exclama: «Es la doctrina
De todo dios fantástica quimera;
Todo cuanto aquí existe, aquí termina.

Tu nave funeral irá ligera
A perderse en el tétrico oceano,
Donde la noche de la nada impera;

Y en tu naufragio buscarás en vano
La prometida Gloria, cual buscaba
La mansión de sus dioses el pagano».

Contradicción horrible, que cual lava
De encendido volcán quemas mi frente
Y haces el alma de la duda esclava.

Ya que á tu influjo horrífico y potente
Huyó la fe de mi angustiado seno,
¿Por qué dentro de mí constantemente
Me repite una voz : todo no es cieno!

A BYRON

—

En vano tuvo la falaz mentira
De oscurecer tus glorias el intento ;
Tu genio es luz que cruza el firmamento
Con un fulgor excelso que no expira.

La indignación en tu sonante lira
Semeja el ruido de huracán violento;
Tu grito de dolor es el acento
Del águila caudal ardiendo en ira.

Olvidado de Albión que te desprecia,
Prosigues solitario tu jornada
Llevando el corazón hecho pedazos ;

Llegas por fin á la oprimida Grecia,
Y al ofrecerle tu valiente espada,
Rindes la vida en sus amantes brazos.

HIMENEO

—

I

Es la inquietante hora de la fuga :
La indígena doncella
Que oyó cantar el gallo en la enramada,
Con ágil paso y palpitante seno
La choza de sus padres abandona,
Y al fulgor de la luna nacarada
Cruza el boscaje de azahares lleno ;
Del lago en la ensenada,
Cual negra hoja, cóncava y flotante,
Ondea la canoa
Donde la espera el intranquilo amante.

II

¡ El placer se avecina !
Burlaron ya la paternal custodia,
Y el indio fiero, que el dominio odia,
Unese alborozado á su adorada,
Viendo en ella promesas de ventura
Y un hermoso trofeo arrebatado
Al cacique que reina en la espesura.

III

La aurora se aproxima
Y palidece la callada luna;
En la mansa laguna
Se mira la canoa
Que ya no rasga
La linfa azul con encorvada proa—
Tardo es su movimiento
Cual el de un nido que acaricia el viento ;
Aun á bordo se encuentra la pareja
de aborígenes novios ;
Rebosante de dicha
Permite la guaricha
Que su labio bermejo y delicado
Se junte al labio de su bien amado—
A tan dulce sonido
Responden los moriches y turpiales,
Celebrando el momento
En que la hermosa joven desposada
Ciñe corona de nevada pluma,
Y tiene por antorcha
De Venus el destello de topacio,
Por velo los cendales de la bruma
Y por altar el anchuroso espacio.

POST.....

Facit indignatio versum.

Ambicioso de gloria y poderío,
Sin temor á los riesgos de la muerte,
Me lancé á combatir con brazo fuerte ;
Y el mundo estuvo para mí vacío.

Ya voy á descansar, ya el pecho mío
Se rinde al golpe de contraria suerte;
Soy el vencido luchador que inerte
La calma espera del sepulcro frío.

Cuando caigan las sombras nocturnales
Y cubran el humilde camposanto
Do repose sin mármol ni rosales,—

De pie sobre mi tumba alzaré un canto,
Canto de execración á los mortales
Que vieron con placer brotar mi llanto.

AÑO NUEVO

—

¡ Oh noche de dolor y de contento!
La silenciosa luna
Vaga por el plomizo firmamento
Como fresca magnolia
Que flota en el cristal de una laguna;
En las alas del viento
Se avecina la música lejana,
Y parece su acento
El canto divinal del arpa eolia ;

De la cercana cumbre
Bajan hálitos fríos ;
Del gas la clara lumbre
Ilumina la inquieta,
Confusa muchedumbre
Que la ciudad recorre
Embriagada de vino
Y dulces esperanzas.

De pronto, enmudeciendo
La humana algarabía,
Se oye la voz de la vetusta torre......

¡Es un año que nace! La alegría
Y la intrincada multitud aumentan:
Hay profusión de besos y de abrazos;
    Las fugaces miradas
Al alma tienden amorosas redes.
¡Dichosos los que sientan
Esos tan blandos y potentes lazos;
Dichosos los ancianos corazones
Que de la torre al escuchar los sones,
    Recuerden la terneza
    De la gentil belleza
Que hizo felices sus primeros años;
Y desgaciado el bardo que no siente
En ese instante de entusiasmo y dicha
Sino el beso glacial de la tristeza
Y el abrazo de cruentos desengaños!

DEL CONVENTO

—

I

La llamaban Ismenia:
Su cabellera blonda
En caprichosos bucles descendía
Por el torso de nieve; una gardenia
Semejaban sus labios;
Como el alegre ruido de la fronda,
Al despuntar el día,
Era su vivo y melodioso acento;
Su cutis era armiño;
Y sus pupilas de color violeta
Tenían los ardientes resplandores
De los primeros versos del poeta.

II

En esa primavera de la vida,
Su caprichosa älma
Escuchó con placer los tiernos sones,
Que de la noche en la apacible calma
Elevaba á sus góticos balcones
Un fementido amante,
Hábil dominador de corazones.

III

¡Mucho tiempo ha pasado!......
Hoy la llaman Sor Marta:
Implacable martirio
Trocó en un velo su melena blonda
Y la gardenia en moribundo lirio;
Como el triste murmullo de la onda,
Al declinar el día,
Es su apagado acento;
Hay en su cutis palidez de cirio;
Y sus pupilas de color violeta
Tienen los melancólicos fulgores
De los últimos versos del poeta.

NOCHE

—

Ya se deshizo el pálido celaje
Que en la bóveda azul resplandecía,
Y al expirar el bullicioso día
Tendió la noche el negro cortinaje.

En las dormidas ramas del boscaje
No entona el ruiseñor su canturía,
Y la sombra cubriendo la alquería,
De cuervo colosal finge el plumaje.

Perezosa la brisa no apresura
Su murmurante vuelo entre las palmas,
Ni brilla un astro en el nocturno velo;

Y sólo rasgan la tiniebla oscura
Luciérnagas que cruzan como almas
Que no pudieron alcanzar el cielo.

INSOMNIO

—

Suntuoso era el salón: en sus tapices
Y caprichosos muebles se miraban
El arte y la riqueza confundidos;
Los rayos carmesíes que lanzaban
Los globos de una araña cristalina
Llegaban á los níveos cortinajes,
Semejando la aurora,
Cuando envuelta en sayales de neblina,
Da un amoroso beso á los celajes
Y los inunda en lumbre purpurina.

Reinaba la quietud de los sepulcros;
Perezoso el pïano dormitaba,
Y sólo á trechos, como nota errante,
El silencio rasgaba
El eco de un suspiro agonizante.

En medio del salón, fijos los ojos
En un hermoso libro, sollozaba
Una mujer de undosa cabellera
Más negra que el ropaje de la noche,
Y de labios más rojos
Que de purpúrea flor el fresco broche.

A pasos no sentidos,
Rebosando mi pecho de ternura,
Llegué donde se hallaba
Aquella encantadora crïatura,
Idolo que adoraba el alma mía.

Quise mirar el libro que robaba
A mi ardiente pasión las dulces horas,
Y encontré que era un album donde había
Un retrato cubierto de crespones,
Album en que guardaba
El ángel de mis dulces ilusiones
Los recuerdos queridos
De un tierno adorador que ya no existe.

¡La escena fue sentimental y triste!
Una lágrima ardiente
Humedeció su pálida mejilla,
Y tras instantes de angustiosa calma
Un extraño pesar llenó mi alma.
Nos dijimos adiós...... con paso incierto
Regresé á mi callada buhardilla,
Y el nuevo sol me sorprendió despierto.
¡Ay, esa noche de tristeza y llanto
Tuve celos de un muerto!

NUPCIAL

—

En las bodas de Narciso Salicrup.

Era el dulce momento
En que se pierde el sol tras la colina,
Y la plácida noche al horizonte
Con pasos no sentidos se avecina.

Oculto entre el follaje
Modulaba el sinsonte
Un canto de pasión tierno y sublime,
Con notas que eran voces de un lenguaje
Que sólo entiende el alma
Cuando herida de amor espera y gime.

Blanca como un celaje de verano,
Pura como el ensueño del poeta,
Velada por el musgo, una violeta
Oía aquella cántiga sonora,
Y su menudo broche
Daba un suspiro de fragancia lleno.

....

Cuando el espacio se tiñó de sombras,
El Astro del amor casto y sereno,
Vio que unidos vagaban por el monte
De la flor el perfume
Y la tierna balada del sinsonte.

ELEGÍA

TODO TIENDE A SU FIN.

Musa de tristes galas,
Que á la morada del dolor tus alas
Tiendes en fácil vuelo,
Para llevar consuelo
A quien la pena agobia;
Tú que has venido como dulce novia
A brindarme tu amor y tu ternura,
En mis amargas horas de quebranto,
Desciende presurosa de la altura
Y vé á enjugar de mi adorada el llanto.

Desgraciado el que sueñe con la gloria
En esta vida donde el mal impera,
Donde es el regocijo una quimera
Y la felicidad dicha ilusoria.
Aquí donde el soberbio potentado,
De lujo rodëado,
A la virtud contempla con desprecio;
Y el orgulloso necio,
Mezcla de insensatez y de codicia,

Sólo rinde tributo
A quien la suerte se mostró propicia.
Aquí donde los reyes,
La majestad hollando de las leyes,
Imponen cruel castigo
Al noble pecho que no fue su amigo;
Donde el honor y la miseria gimen,
Como los condenados en la llama,
Mientras que sube poderoso el crimen
A la fingida cumbre de la fama.

Por eso no te extrañe, amada mía,
Que el alma de los justos, venturosa,
Cansada de luchar, en una fosa
Abandone la humana vestidura;
Y libre ya de la tenaz cadena
Que la ataba á este mundo, en raudo vuelo
Deje una vida de miserias llena,
Tienda á su fin y se remonte al Cielo.

CREPÚSCULOS

—

Languidece la lumbre vespertina:
Ya en el confín lejano
Extiende sus cendales la neblina
Cual leves y plomizos cortinajes;
En el cerúleo velo
Apágase el carmín de los celajes;
La parda golondrina
Al nido torna con amante anhelo;
Sobre el cristal de la dormida fuente
Entrëabre el nenúfar su corola
Do se besan el oro y el armiño;
Se oye la voz del *Angelus*, doliente;
Y batalla en mi älma entristecida
La clara fe de niño
Con la tétrica duda del presente.

———

EL DOLOR

—

¡Qué extrañamente dulce es la tristeza!
Ese vapor que en soñolienta calma
Nos envuelve cual gélido sudario,
Cuando dentro del alma
El antiguo dolor se despereza.

Es muy bello el instante
En que del corazón brota el gemido,
Como brota del viejo campanario
Crepuscular sonido,
Que va á morir en la región brumosa
Del invierno aterido.

¡Oh, recuerdos de penas y de angustias!
Huellas ensangrentadas del sendero
Que voy siguiendo errante y solitario,
Recuerdos que sois flores
De pasados dolores;
Pero flores ya mustias
Guardadas en añoso relicario.

¡La vida es el dolor! Quien no ha sentido
El aguijón de la contraria suerte,
Y en sus horas de hastío se consume
Sin aspirar el lánguido perfume
De esas flores besadas por la muerte,
Ese infeliz mortal nunca ha vivido;
Su paso por el mundo sólo ha sido
        Leve girón de bruma,
Vuelo de mariposa por las frondas,
        Vago copo de espuma
Sobre el cristal movible de las ondas.

EDAD MEDIA

—

La silenciosa Diana
Cruzaba el infinito;
Las nubes, como hadas
Con ropajes de armiño,
Emprendían su danza
De caprichosos giros;
Rítmica serenata
Semejaba el rüido
Del viento entre las palmas;
El murmurante río
De linfas argentadas,
Copiaba adormecido
Las parduscas murallas
De señorial castillo;
Embozado en la capa
Un trovador antiguo,
Parecía un fantasma
Bajo los viejos tilos.

Todo en redor callaba;
Mas, como entona el mirlo
Al lucir la alborada

Sus cadenciosos trinos,
Lanzó el bardo su cántiga
De eróticos sonidos,
Cuando inquieta asomara
Al gótico postigo,
Su rubia, aquella pálida
De ensortijados rizos,
De frente nacarada,
De labios purpurinos,
De mórbida garganta
Y öjos de zafiro.

La canción ondulaba
Por el claro infinito
Con notas impregnadas
De dolor y cariño.

De súbito, en la franja
De un celaje plomizo,
Ocultóse de Diana
El argentado disco;
Y entre la sombra opaca
Quedaron confundidos
El bardo de la cántiga,
El bosque, el claro río,
La misteriosa dama
Y el señorial castillo.

TRADUCCIONES

DUERME!

(DEL FRANCÉS)

Descansa, oh huésped de la tumba, inerte,
No escuches de esta vida los rumores,
Y bajo el césped de amarillas flores
Duerme tranquilo el sueño de la muerte.

No dejes que tu cuerpo se liberte
De esa prisión exenta de dolores,
No pretendas mirar los resplandores
Que el almo sol entre celajes vierte.

Si dejaras la tumba, arrepentido
Volverías la faz llorosa y triste
Al ver lo frágil del cariño humano;

Y víctima doliente del olvido,
Saldrías de esta vida donde existe
Algo más vil que el sepulcral gusano.

LIBERTAD

—

(DE SHELLEY).

I

De los fieros volcanes el rugido
Forma de zona en zona una cadena,
Yérguese el oceano embravecido,
Y rómpese la nieve que serena
Forma al Invierno el trono encanecido
Cuando la trompa de Tifón resuena.

II

Desde un celaje aterrador fulmina
Relámpago que rasga el pardo velo
Y miriadas de nubes ilumina,
Trepida una ciudad y rueda al suelo,
Otras están amenazando ruina
Y el trueno subterráneo sube al cielo.

III

Mas tu luz al relámpago oscurece,
Tú corres más que el terremoto insano,
El volcán á tu vista desfallece,
Tu furia la respeta el oceano,
Y el mismo sol que altivo resplandece
Es ante tu fulgor destello vano.

IV

Desde nubes, y monte y mar ardiente
Esparce el sol su roja llamarada;
De nación en nación, de gente en gente
Arrójase tu lumbre bienhadada,
Y el tirano y el ciervo de repente
Sombras son al fulgor de tu alborada.

DÍA DE LLUVIA

—

(DE LONGFELLOW).

El día es frío, triste y nebuloso;
Llueve, y el aire sopla sin reposo;
Aun pendiente del muro está el sarmiento,
Pero sus hojas las arranca el viento,
Y el día es frío, triste y nebuloso.

Glacial es mi vivir y nebuloso;
Llueve, y el aire sopla sin reposo;
Aun fija está mi mente en el Pasado,
Pero mis ilusiones han volado,
Y es mi día glacial y nebuloso.

¡Cálmate, corazón!—cese tu duelo;
Aun brilla el sol tras el nuboso velo;
Tu suerte á toda suerte es parecida,
Días de lluvia tiene toda vida,
Días debe tener de niebla y hielo.

LO PASADO

(DE SHELLEY).

I

¿Olvidarás las horas de ventura
Que en el grato jardín de los amores
Enterramos los dos solos y tristes,
Cegando la aterida sepultura
Con tiernas hojas y nevadas flores?
Flores que eran los goces del pasado,
Y hojas que eran las dulces esperanzas,
Los sueños de placer que no han volado.

II

¿Olvidar lo que ha muerto? ¡Oh! todavía
Quedan espectros que vengarlo puedan,
Recuerdos que terribles
Hacen del corazón tumba muy fría,
Pesares que vagando
Por la tristeza que las almas llena,
A nuestro oído llegan murmurando:
La dicha que se va truécase en pena!

SUSPIRIA

—

(DE LONGFELLOW).

¡Lleva, llévate, oh Muerte, cuanto puedas
Tuyo propio llamar,
Tu imagen estampada en esta arcilla;
Pero eso nada más!

¡Lleva, llévate, oh Fosa, y en tu seno
De sombras vé á guardar,
Las yertas vestiduras de las almas,
Caras sólo al mortal!

Llévate, oh gran Eternidad, la vida,
Ese soplo fugaz,
Que al doblegar tu lánguido ramaje
Sus flores por el polvo hace rodar!

LA MUERTE

(DE SHELLEY).

I

No hay sitio que la muerte silenciosa
No recorra veloz con pasos ciertos,
Nada su marcha detener consigue—
Y nosotros también estamos muertos.

II

Ella con mano fuerte ha colocado
Su sello aterrador en nuestra frente,
En todo lo que pasa por el mundo
Está la marca sepulcral latente.

III

Cuando han muerto el placer y la esperanza
Aléjase el temor del pecho herido,
Después que ya esa deuda se ha cumplido,
El polvo llama al polvo, y nos alcanza
De la fosa el abrazo entumecido.

IV

Todo cuanto queremos en el mundo
Lo mismo que nosotros desparece,
Esa es la ley tirana que nos rige—
¿No es cierto que el amor también perece?

AVES DE PASO

—

(DE LONGFELLOW).

Cae de la altura,
De la noche el velo,
Que oculta del cielo
El diáfano azul;

Del reino del olmo
Desciende á la alfombra
Del llano, la sombra
Cual manto de tul.

Mas, bella es la noche,
Su ambiente es templado,
Y aun lejana, al lado
Se siente la voz;

Y de las estrellas
Al brillar escaso,
Van aves de paso
Con vuelo veloz.

Siento de sus alas
Ligeras, el corte,
Como si del Norte
Pasaran al Sur.

Sus formas no veo,
Mas oigo su grito,
Que del infinito
Traspasa el azur.

¡Oh! no, esos sonidos
De gozo y de duelo,
Que llegan del cielo,
De plumas no son.

Son de los poetas
Confusas las voces,
De penas y goces
Su alada canción.

El grito de espíritus
Que el éter agitan,
Y que solicitan
Un clima mejor;

Y desde la altura,
Do la luz impera,
Baja á nuestra esfera
Con dulce rumor.

—

PARISINA

(POEMA DE BYRON)

A su hermano Doctor Andrés Arcia,
dedica esta versión castellana de
« Parisina »

El Autor.

PARISINA

I

Es la plácida hora en que sus cantos
Entona el ruiseñor en la espesura;
La hora en que los votos del amante
Parecen llenos de mayor ternura;
Cuando la brisa gime
Y la fuente murmura
Con cadencias de música sublime.
Ya humedece las flores el rocío,
En la altura se miran las estrellas,
El azul de las olas se ennegrece,
Las hojas toman un color sombrío,
Y el caprichoso tul del firmamento
Se reviste del suave claroscuro,
Que sigue siempre al resplandor del día,
Cuando el vago crepúsculo se pierde
Al tenue rayo que la luna envía.

II

Mas no es por el murmullo del arroyo
Que abandona su alcoba Parisina,
Ni es para contemplar la luz del cielo
Que al jardín se encamina,
Envuelta entre las sombras nocturnales;
Y si detiene el paso en la enramada,
No es por ver madreselvas ni rosales;
Tiene el oído atento,
Como si oyera relatar un cuento—
El tierno ruiseñor no la extasía—
Al rumor de pisadas en el bosque
Tórnanse blancas sus mejillas rojas
Y su intranquilo pecho se estremece;
Brota una voz muy tenue entre las hojas,
Vuelve el carmín al pálido semblante
Y el corazón aumenta sus latidos......
Pasa un instante más—ya están unidos,
Ya está á sus pies el venturoso amante.

III

¿Qué les importa el mundo?
¿Qué los hombres, la tierra y las alturas?
Un éxtasis profundo
Ha invadido sus almas,
Y cada amante apasionado mira
Sólo al amado sér por quien suspira;
Es tan sublime y grande esa locura,
Que si no terminase,
Consumiría el pecho que la siente.
¿En ese sueño de febril ventura
Podrá juzgar la embelesada mente
El riesgo á que le expone su delito?
¿Quién sumergido en férvidos amores
Pudo abrigar temores,
Ni pensar en lo breve de la dicha?
¡Mas ya la dulce hora ha concluido!
¡Preciso es despertar sin que sepamos
Que para siempre la visión se ha ido!

IV

Aquel sitio escondido,
Que abrigo diera á su placer culpable,
Abandonan con pecho entristecido
Y lánguidas miradas;
Por más que el juramento inquebrantable
Y la esperanza tierna
Les ofrezcan ventura,
Sus espíritus sienten la amargura
De una partida dolorosa, eterna.
El instante supremo se avecina:
Largos son los suspiros,
El fuerte abrazo y el candente beso;
En tanto la luz pura
De la sidérea altura
Silenciosa ilumina
El rostro escultural de Parisina,
Haciéndole temer que su pecado
No halle perdón en la mansión divina;
Pues todas las estrellas
Desde el claro infinito
Testigos fueron de su atroz delito.
Hay que decirse adiós, que separarse,
Con el remordimiento que se siente,
Con la pena angustiosa
Que siempre sigue al pecho delincuente.

V

Hugo se ha ido al solitario lecho,
Donde aun codicia la mujer ajena;
En tanto que la sien de Parisina
Inconsciente se inclina
Sobre el confiado pecho de su esposo;
Mas el delirio turba su reposo
Y el rosicler de su mejilla enciende.
En su intranquilo sueño
Se le escapa del labio un caro nombre
Que no se atreve á pronunciar de día,
Y con tenaz empeño,
Pensando en otro amante,
Estrecha á su señor entre los brazos,
Despiértase el monarca
Con la grata impresión de los abrazos,
Y feliz en su engaño se imagina
Que es suyo el beso y la caricia ardiente;
Y conmovido la cabeza inclina
Sobre aquel corazón que hasta dormido
Parece amarle con amor ferviente.

VI

Estrechándose más con Parisina
Quiere escuchar la frase entrecortada;
De su purpúrea boca está pendiente......
¿Mas por qué causa se estremece Azo,
Cual si la voz potente
Del Arcángel llegara á sus oídos?
No le falta razón, que los sonidos
De la trompeta en su glacial sepulcro,
Ni del Eterno la final sentencia
Causarán tantas penas á su alma.
No le falta razón, que de su vida
Huyó por siempre la apacible calma.
Una palabra, un nombre ha denunciado
Al Príncipe su afrenta
Y de la joven el atroz pecado.
¿Y cuál es ese nombre
Que suena pavoroso sobre el lecho
Y llega del monarca al fuerte pecho,
Como el fiero olëaje
Que esparce por las playas el tablaje,
Y al náufrago infeliz contra la roca
Estrella con indómito coraje?
¿Y cual es ese nombre? Es el de Hugo,
¡Azo nunca supuso tal ultraje!

Hugo, su propio hijo,
El fruto de unos pérfidos amores,
Cuando en su edad de gozo y turbulencia
Traicionara de Bianca la inocencia.

VII

Sintiendo de los celos la punzada
Toma un puñal con mano temblorosa;
Mas, ¿cómo herirla siendo tan hermosa
Y estando al grato sueño abandonada?
El ni siquiera despertarla quiere,
Pero con ojos que humedece el llanto
Y que una débil lámpara ilumina,
Le dirige terrífica mirada,
Mirada por la ira fulgurante,
Capaz de confundir á Parisina,
Si abandonando el sueño,
Viera de Azo el trágico semblante.
Ella sigue dormida, sin que torne
A su labio la frase entrecortada;
Mas ya en la mente del feroz esposo
Su fatídica hora está fijada.

VIII

A la mañana del siguiente día
Halló el monarca la terrible prueba
De todo aquello que saber temía,
La culpa de los jóvenes amantes
Y el infortunio que su pecho hería.
Ya no hay más que ocultar: las cortesanas,
Que encubrieran gran tiempo los amores,
Temiendo del castigo los rigores,
Confiesan la traición de Parisina,
Y la acusan de única culpable
De aquel crimen inicuo y detestable,
Sin omitir detalle en su relato,
Que el esposo ofendido
Escucha entre dolores sumergido.

IX

En la Cámara augusta del Estado,
De su elegante corte rodëado,
De los Estes el digno descendiente
Yace sentado en el soberbio trono.
Sus pupilas revelan impaciencia;
Ya á su rëal presencia
Se encuentra la pareja pecadora,
Pareja hermosa que el pesar devora.

El cinto sin la espada reluciente
Y con fuertes cadenas en las manos,
¿Cómo es posible, oh Dios, que de ese modo
Un hijo ante su padre se presente!
Mas Hugo no por esto se acobarda,
Y si callado su condena aguarda,
Conserva en alto la indomable frente.

X

A su lado se encuentra Parisina,
Pálida, inmóvil, silenciosa y triste.
¡Cuánto ha cambiado todo! Su mirada
No alegra ya la señorial morada,
Do sintieran orgullo por servirla
Los caballeros de mayor nobleza;
Do espiaba la belleza
Para imitar su acento melodioso,
Sus gracias y su rara gentileza.
Si entonce amargo llanto
Se hubiera desprendido de sus ojos,
Mil hidalgos guerreros
Desenvainado hubieran sus aceros.
¿Pero qué son ahora
Los bravos cortesanos
Y la imperial señora?

¿Podría ella mandar en este instante?
Ahora es todo pesadumbre y duelo.
Con aire indiferente,
Con los ojos clavados en el suelo
Y los labios plegados
Por la expresión del menosprecio hiriente,
Encuéntranse los nobles congregados;
Y su escogido amante,
Cuya lanza pujante
Se enristrara al fulgor de su mirada,
El, que libres los brazos,
La salvara de oprobios y de penas
O sucumbiera en la terrible lucha,
Yace ahora cargado de cadenas;
Evitando mirar á su adorada
Por no aumentar la cuita torturante
De un alma desgarrada.
¡Infeliz Parisina!
Sus párpados hermosos,
Donde la sombra leve
De vena azul flotaba entre la nieve,
Y que invitaban del amor al beso,
Ahora languidecen bajo el peso
Del amargo quebranto,
Ciñendo, sin velar, aquellos ojos
Que resplandecen húmedos de llanto.

XI

Hugo también por ella derramara
Lágrimas silenciosas,
Si miradas tenaces y curiosas
No hubieran su congoja reprimido;
Su continente austero
Jamás la turba contempló abatido,
Por más que la aflicción hubiese herido
Su corazón más fuerte que el acero.
Mas, ¿por qué no se fija en Parisina?
El recuerdo de horas que han pasado,
Sus férvidos amores, su pecado,
Su situación, su padre enfurecido,
La indignación del hombre virtuoso,
Su perdición eterna,
Y sobre todo la del bien querido!
¡Ay! Si en esos momentos se fijara
En aquel rostro mustio y macilento,
El cristal de sus ojos copiaría
Del pecho el infernal remordimiento.

XII

Escuchóse de Azo la palabra:
«Ayer me envanecía
De un hijo y de una esposa,
La alborada de höy ha disipado
Esa ilusión hermosa;
Antes que muera el día
Ninguno de los dos tendré á mi lado;
Sola ha de consumirse mi existencia,
Tal es mi suerte impía!
¿Y quién no haría lo que estoy haciendo?
Rompióse del cariño el dulce lazo,
Mas no por culpa mía.
¡Es la höra del juicio inexorable!
Hugo, ya el monje por tu causa espera;
Después tendrás el premio que mereces
Por tu crimen funesto y execrable.
¡Vete! y dirige al Salvador tus preces
Antes que luzca el astro vespertino;
Pueda que alcances el perdón divino,
Que en el terrestre mundo
No hay sitio en que los dos á un mismo tiempo
Podamos respirar por un segundo.
Adiós! Adiós! Yo no veré tu muerte;
Mas tú, frágil belleza,
Tú verás cuando ruede su cabeza.

¡Fuera de aquí! que proseguir no puedo,
¡Vete! mujer de corazón lascivo;
No soy yo, sino tú, la que su sangre
Habrá dentro de poco derramado;
¡Vete! y si á su castigo sobrevives,
Goza en la vida que de mí recibes».

XIII

Azo cubrióse el rostro;
La vena de su frente
Presurosa latía,
Cual si la sangre que al cerebro huía
Volviese á ëlla con vigor creciente;
Inclinó la cabeza,
Y se pasó la mano temblorosa
Por los rígidos ojos,
Temiendo que los viera la nobleza.
Entonces Hugo, las atadas manos
Levantando con férreas ligaduras,
Hacia el severo padre se dirige
Para pedirle que su voz escuche,
Y el Príncipe le otorga lo que exige.

«No es que tema la muerte;
En el horrendo campo de batalla
Siempre me viste impávido á tu lado,

Y ésa que tus esbirros me han quitado,
Espada que jamás inútil fuera,
Ha vertido más sangre por tu causa
Que la que manche el hacha del verdugo
Cuando mi cuello poderosa hiera.

La vida que me diste,
Y que puedes quitarme,
Es una gracia despreciable y triste
Que yo no te agradezco;
Aun conservo grabada en la memoria
De mi madre infeliz la negra historia:
Su amor por tí burlado,
Su nombre mancillado,
Y la ignominia que heredó su prole;
Mas ella silenciosa
Yace en humilde fosa,
Donde su hijo, tu rival, muy pronto
También se encontrará. Su pecho herido
Y mi cabeza de raíz corbada
Dirán desde la tumba cómo ha sido
De constante y de tierno
Tu alma de joven y tu amor paterno.
Verdad que te he injuriado,
Mas baldón por baldón: Esa tu esposa,
Víctima nueva de tu inmenso orgullo,
La suerte me la había destinado;
Tú viste y codiciaste su hermosura,

Y con tu mismo crimen,
Mi procedencia impura,
Te burlaste de mí por ser un hombre
Que no le daba esclarecido nombre.
Y aunque es cierto, Señor, que legalmente
Yo no podía reclamar la herencia
De tu linaje, ni ocupar el trono;
Si ahora no acabara mi existencia,
Más que el tuyo mi nombre brillaría
Con preciados honores
Que por mi propio esfuerzo alcanzaría.
Con la espada que tuve
Y un corazón que no sintió temores,
He podido ganarme una cimera
Como nunca la usaran tus mayores;
No siempre las espuelas más brillantes
Fueron de caballeros bien nacidos,
Y las mías cien veces han pinchado
Del corcel los ijares espumantes,
Dejando atrás á jefes distinguidos,
Cuando cargaba al enemigo fiero
De «¡Este y Victoria!» al grito placentero.

No abogo por el crimen, ni te pido
Que unas horas de vida me concedas;
Es natural que se haya concluído
De mi existencia la febril locura,

Y que implacable olvido
Vaya á cubrir mi pobre sepultura.
No obstante que mi cuna es tan humilde,
Y que tu orgullo siempre desdeñara
Otorgarme blasones,
Hay líneas indelebles en mi cara
Que copian de mi padre las facciones;
Y en mi alma todo es tuyo:
De tí heredé la fiera valentía,
De tí...... Mas, ¿por qué tiemblas?
De tí heredé del brazo la energía
Y un corazón por ascuas abrasado;
Cuanto en mi sér existe
Al par de la existencia me lo diste;
Pues de tu culpa inmensa
Fue un hijo igual á tí la recompensa.
Las fibras de mi seno
No pueden ser bastardas;
Yo, como tú, no he conocido el freno.
La vida que me has dado
Y que tan pronto vas á arrebatarme,
Siempre á la par que tú la he despreciado,
Cuando se alzaba en tu soberbia frente
El casco reluciente,
Y al dar unidos poderoso embate,
Nuestros corceles rápidos hollaban
Los sanguinosos muertos del combate.

Lo pasado no es nada, y lo futuro
Tiene que ser igual á lo pasado;
Mas ojalá que entonces
Me hubieran la existencia arrebatado;
Porque á pesar de la injuriosa afrenta
Que recibió mi madre
Y de haberte casado con mi novia,
Bien sé que eres mi padre;
Y esa sentencia, aunque de tí proviene,
No es injusta por áspera que suene.
Nací en la culpa y muero deshonrado,
Como empezó termina mi existencia.
Mi crimen es igual á tu pecado,
Y á mí el castigo de los dos me aguarda.
En la humana conciencia
Yo he sido más culpable,
Mas del Señor nos falta la sentencia!»

XIV

Cesó de hablar, y en sus atados brazos
Las esposas crugieron;
Aquel brusco sonido
Llegó de los magnates al oído,
Dejándolos sumidos en tristeza,
Hasta que la belleza

De la desventurada Parisina
Atrajo las miradas nuevamente;
¡Cómo escuchar en calma
Que su amado á la tumba se avecina!
De la culpable los divinos ojos
No miran en redor un solo instante,
Ni buscan de los párpados el velo
Para ocultar su lumbre agonizante;
Mas su pupila de color de cielo
Diminuta aparece
En el blanco cristal que la guarnece.
Vidriosa es la mirada,
Cual si toda la sangre
Estuviese en las venas congelada;
Pero á cada momento
Por las negras pestañas se desliza
Una lágrima hermosa
Con indeciso y tardo movimiento.
¡Aquello era de verse!
Los que palparon tan sublime encanto
Se sorprendieron de que humanos ojos
Vertieran tales gotas en su llanto.
Intentó hablar, y débil el sonido
Espiró en su garganta,
Como si el corazón despedazado
Se escapara en el lúgubre gemido.
De nuevo quiso hablar, pero su acento
Trocóse en grito de dolor violento,

Y rodó por la tierra endurecida
Como una hermosa estatua derribada;
Era más una cosa inanimada,
Un níveo y adorable monumento
De la esposa de Azo,
Que un sér vivo y culpable
Presa de sin igual remordimiento;
Sér que incitaba al goce del delito,
Pero no soportaba el sufrimiento.
Pronto salió del súbito desmayo,
Mas su razón estaba destruida
Por la intensa congoja,
Y las débiles fibras de su mente
Lanzaban las ideas vagamente,
Cual flechas que sin rumbo el arco arroja
Cuando sus cuerdas la llovizna afloja.
Lo pasado era incierto,
Lo porvenir oscuro
Con breves y siniestros resplandores,
Semejando un desierto
Que á trechos el relámpago ilumina,
Cuando de noche juntan las tormentas
Sus furias pavorosas y violentas.
La embargaban temores;
Sentía que en su älma gravitaba
Algo espantoso y fuerte,
Do el crimen al oprobio se mezclaba;
Sabía que en los brazos de la muerte

Alguien dentro de poco se hallaría;
Mas, ¿quién? No se acordaba.
¿Vivirá todavía?
¿Será la tierra lo que está pisando
Y la bóveda azul el ancho cielo?
¿Están en su redor seres mortales
O espectros infernales,
Que contemplan sañudos á la hermosa
Que ayer no más de todos recibía
Una sonrisa dulce y cariñosa?
A su vago sentido
Todo era indefinido,
Un caos de esperanzas y temores
Donde la risa al llanto sucedía.
Ella trató de disipar el sueño
Que su extraviada mente oscurecía;
Mas querer despertar fue vano empeño!

XV

Del convento el parduzco campanario
Lanza funestos y pausados sones
Que llenan de pesar los corazones.
¡Escuchad! El santuario
Imponente retumba
Con las notas del himno funerario,

Del canto misterioso de los muertos
O del que pronto yacerá en la tumba.
¡Unese el doble á la oración sentida
Porque un alma se aleja de esta vida!
Arrodillado sobre el duro suelo,
Y á los pies del humilde sacerdote,
Moviendo á compasión se encuentra Hugo.
El cadalso le espera,
Los guardias le circundan,
El sangriento verdugo
El filo tienta del cortante acero
Con que ha de descargar el golpe fiero,
Y la callada multitud se agolpa
Por ver morir al hijo desgraciado,
A quien su mismo padre ha condenado!

XVI

Es el precioso instante
En que el sol del estío se aproxima
Al franjado poniente,
Después de haber bañado con su lumbre
Un día de infortunio y pesadumbre.
En santa penitencia
Deplora Hugo su fatal destino,
Confesando su culpa al sacerdote;

Y al inclinarse humilde y reverente
Para obtener la absolución divina
Que disipa las sombras del pecado,
Del astro hermoso el resplandor fulgente
Se posó en la castaña cabellera
Que por su cuello en bucles descendía;
Mas la purpúrea racha
Fue más esplendorosa todavía
Al reflejarse en la terrible hacha
Que cerca de Hugo con pavor lucía.
Ese momento del adiós fue triste!
Negro era el crimen, justa la condena;
Y sin embargo de estupor temblaron
Los que miraban tan horrible escena.

XVII

Han terminado ya las oraciones
Del hijo falso y atrevido amante;
Ya confesó contrito
Su criminal delito,
Y cerca está su postrimer instante:
Arrancáronle el manto,
Cortáronle á raíz los bellos rizos,
Quitáronle la rica vestidura;
La banda que amorosa

Le diera su adorada Parisina
No habrá de acompañarlo hasta la fosa.
Todo eso debe desprenderse al suelo
Y ceñir á sus ojos un pañuelo!
Mas no, que tal vendaje
Es un inicuo ultraje
Que él no ha de tolerar; su joven alma,
Sumisa al parecer, rompió la calma
Que el desdén le imponía
Cuando la mano envilecida y fuerte
Del odioso verdugo
Intentara cubrir aquellos ojos,
Cual si temieran contemplar la muerte.
«¡Oh, no! tuya es la sangre de mis venas,
Hé aquí mi brazo preso entre cadenas;
Mas déjame sin vendas la pupila,
Hiere!» Y tan pronto terminó la frase
Se inclinó sobre el tajo endurecido.
«¡Hiere!» fue de Hugo el postrimer acento,
Pues el golpe cayó rudo y violento:
La cabeza rodó, y el cuerpo aislado
En el polvo manchado
Se hundió con espantosas contracciones,
Arrojando sanguíneos borbotones;
Los labios y los ojos
Por un momento rápidos temblaron
Y después para siempre se fijaron.

Como debe morir un delincuente
Así sucumbió Hugo;
Sin alarde, rezando humildemente
Y recibiendo el divinal consuelo
Que hace esperar en la bondad del cielo.
Cuando á los pies del confesor se hallaba,
De su alma se alejaron las pasiones
De este mísero mundo;
¿Mas qué se hicieron en la infausta hora
El padre furibundo
Y la tierna beldad encantadora?
No más desesperanzas ni baldones;
No más pecaminosos pensamientos;
No más voces que ardientes oraciones,
Excepto cuando erguido
Del sepulcro en los tétricos umbrales,
Pidió morir con descubiertos ojos,
Unico adiós que diera á los mortales.

XVIII

Como los labios que selló la muerte,
Sin atreverse á respirar siquiera
La multitud se hallaba;
Mas súbitos temblores
Sintió la turba cuando el hacha fiera
Terminara con Hugo y sus amores;

Y un confuso gemido,
Que el terror rechazara
Volvió hacia el pecho con fugaz sonido:
Allí no hubo más ruido
Que el estridente choque
Del fuerte acero contra el duro bloque;
Mas, ¿qué grito de horror y de locura
Rompió el silencio de la inmensa altura?
Fue como el de una madre
Sobre el cadáver del amado hijo
Que de repente abandonó la vida,
Y su acento perdióse en el espacio
Cual el de un alma en el dolor sumida.
Al través de las rejas del palacio
Brotó aquel grito de profundo duelo
Que ascendió raudo al anchuroso cielo;
En la augusta morada
La inmensa multitud clavó los ojos,
Mas ya no vieron ni escucharon nada!
Fue de mujer un lúgubre lamento,
Cual nunca lo arrancara el sufrimiento;
Y al oirlo el tropel entristecido,
Rogó para que fuese aquel acento
De la infeliz el último gemido.

XIX

Después de muerto Hugo, en el palacio
No vióse nuevamente á Parisina,
Su nombre, como frase licenciosa,
Huyó de todo labio; y Azo nunca
Volvió á nombrar ni al hijo ni á la esposa.
Ellos no tienen memorable fosa,
Sus restos considéranse profanos;
Al menos los de aquel cuya existencia
Perdióse del verdugo entre las manos.
Nada de Parisina se ha sabido;
Su suerte, como el polvo en el sepulcro,
Yace enterrada en el profundo olvido.
¿ Acabóse su vida en un convento,
Donde ganó la gloria
Con años de silicios y de insomnios,
De llantos y de atroz remordimiento ?
¿ Fue la ponzoña aleve
O del puñal la punta brilladora
Lo que vengara su pasión traidora ?
¿ O sería que el golpe del verdugo
Lo arrojara en los brazos de la muerte,
Cuando mirara descender el hacha
Sobre su amado, el indefenso Hugo ?

Nadie pudo saberlo,
Mas cualquiera que fuese su destino
En esta pobre y terrenal morada,
Su vida siempre estuvo
Por implacables penas torturada.

XX

El Príncipe casóse nuevamente
Y otros hijos crecieron á su lado,
Mas ninguno tan bello ni valiente
Como el que estaba en el sepulcro helado;
Y si lo fueron, Azo silencioso
Pasaba sobre ellos la mirada
Comprimiendo un suspiro doloroso.
Mas nunca de sus ojos brotó el llanto,
Ni suavizó su rostro la sonrisa;
En su anchurosa frente
Mirábanse trazadas
Líneas del pensamiento interceptadas,
Aquellos surcos que la acción candente
Del inmenso pesar labrado había,
Cicatrices de un alma que el recuerdo
De un desdichado afecto consumía.
En su gran desconsuelo
Ya no siente el dolor ni la alegría;

Sus días son de tedio y de amargura
Y muy largas sus noches de desvelo.
El monarca insensible
Está para el elogio y la censura;
Ya es sólo un corazón que huye dél mismo
Sin poder olvidar su desventura.
Cuando se le contempla más en calma
Le está el recuerdo desgarrando el alma;
La nieve más copiosa no congela
Sino la superficie de la fuente,—
El agua siempre fluye, y por debajo
Rápida se desliza la corriente.
Los pensamientos en constante ronda
Embargaban su mente,
Haciendo revivir la pena honda
Que en su seno implantó Naturaleza,
Y que no se borraba,
No obstante que su llanto no brotaba.
Cuando queriendo abandonar el pecho
Las lágrimas se encuentran detenidas,
A su origen regresan;
Y ese líquido hermoso,
Del invisible cauce en el reposo,
Permanece sepulto
Y nunca se evapora ni se hiela,
Siendo más puro mientras más oculto.
El alma de Azo triste y dolorida,

Sentía en ocasiones
Ternura involuntaria por aquellos
A quienes cruel arrebató la vida.
Su pecho era un vacío,
En cuyo abismo lóbrego y profundo
No vagaba siquiera la esperanza
De unirse á ëllos en el otro mundo.
Tenía la conciencia
De que habían labrado su desdicha
Con pérfidos engaños,
Y de que era muy justa la sentencia;
No obstante, ¡cuán amargos y cuán tristes
Fueron de Azo los postreros años!
Cuando con hábil mano se despoja
El árbol de las ramas enfermizas,
Esto le prestará fuerzas mayores
Para que al nuevo mayo
Luzca en la selva con alegres flores;
Mas si el potente rayo
Hiere sus brazos con feroz coraje,
El grueso tronco sentirá la ruina,
Y nunca más renacerá el follaje.

